

Don Ramón María del Valle Inclán en México

DURANTE muchos años he admirado al ilustre autor de las «Sonatas» y naturalmente, en esta vez que pude tenerle cerca y escuchar de sus labios el Verbo hecho belleza y luz, me concreté a callar, y en el silencio de la estancia, la voz del maestro de la «barba florida» vibró durante muchos minutos.

Su rostro pálido de asceta, como de líneas talladas en marfil, me parecía un camafeo que se animara por instantes. Su larga barba gris le da cierto aspecto patriarcal, y a través de los grandes quevedos de aros de carey, las pupilas de un claro color tabaco, conservan el inquietante brillo de la juventud.

El conjunto es distinguido y desenvuelto. Tal debió ser el Marqués de Bradomin: siempre dispuesto a desgranar el madrigal ante la dama; la mano lista a desnudar la hoja de la espada.

Hablamos de literatura y de que don Ramón hace tiempo que vive un poco retraído, retirado de la vida de la ciudad y de la provincia, habitando una callada finca del monte.

Al referirnos a la literatura americana, nuestro huésped de honor, dijo:

—¡Es lástima que carezcamos en España de una casa editorial que se encargara de pedirnos todos los libros que se escriben en América, porque debido a la imposibilidad que tenemos para adquirir los libros impresos, aquí, en la Argentina, en Costa Rica, etc., se desconoce a muchos intelectuales de valer. Hace falta una casa hispano-americana.

Y como cayera la charla sobre la América del Sur y sus hombres de letras, esencialmente los argentinos, don Ramón agregó:

—En la Argentina hay un hombre que vale mucho, Leopoldo Lugones, y tal vez vale tanto, porque no nació en Buenos Aires. El es de la sierra, y naturalmente, la visión de la serranía da estados emotivos diversos de los que produce la pampa árida y seca. Por eso los otros argentinos no han hecho nada grandioso; la emoción que no entra por los ojos no puede ser nunca perfecta. Si ellos tienen la monotonía en el paisaje, ¿cómo pueden darnos algo que sea belleza interior plasmada en armoniosa forma?

Los hombres notables que han tenido han salido de la sierra, o de los otros lugares en donde puede cambiarse de visión. Cuando Taine decía que «los griegos eran ágiles de espíritu, porque eran ágiles de piernas», tenía razón, porque esto nos da idea de que podían subir hasta cualquier altura, podían trasladarse fácilmente de un sitio a

otro y claro está, es muy distinta la emoción que produce una montaña o un lago a la que puede experimentarse estando constantemente circunscrito a una llanura estéril.

Al hablar de su estética me decía el poeta de «Voces de Gesta»:

—El artista verdadero debe tener en cuenta esencialmente, que es preciso dar la comprensión intuitiva que ha tenido, sin que las palabras hagan cronológica la imagen. Debe procurar que cada palabra sea un valor y olvidar los medios por los cuales le llegó el conocimiento. Sólo olvidado de sí mismo, podrá oír el ritmo del universo y dar en su canto, algo de la emoción estética que ha percibido.

El alma creadora, está fuera del tiempo. Esto se logra, aislándose del paisaje para no mirarlo como si se estuviera dentro de él, sino contemplarlo desde la altura, como si el ojo estuviera colocado en la punta de un cono.

Entonces yo comprendí que sólo don Ramón María del Valle Inclán ha realizado en la literatura española el milagro musical de que «la suprema belleza de las palabras, sólo se revela, perdido el significado con que nacen en el goce de su esencia musical, cuando la voz humana por la virtud del tono, vuelve a infundirles toda su ideología» y le hablé de lo que podemos considerar su obra definitiva: LA LÁMPARA MARAVILLOSA.

—Efectivamente, me contestó: —Ese es el libro del cual estoy más satisfecho, tanto por la forma como porque me parece que logré la idea que tenía, de que él despertara en cada uno de los lectores una emoción diversa y que como los antiguos libros de las escuelas iniciáticas de Alejandría, pudiera tener verdades de eterna belleza; siempre nuevas, porque cada quien que las siente, puede interpretarlas.

—Una vez—me relató riendo—, Unamuno me preguntaba: «¿pero qué es lo que usted se propuso al escribir ese libro?»—Que para cada lector despierte una emoción.

Yo pensé que don Miguel de Unamuno es un serio hombre de ciencia que ha penetrado por los caminos de la Filosofía, pero que nunca ha ahondado como don Ramón, en los umbríos jardines de la Teología mística. Por eso, a él como a muchos, este opúsculo admirable, que pone de manifiesto la sublimidad del quietismo estético, debe de haberle parecido un poco extraño.

Para poder seguir por los místicos senderos del Bodhisatva y develar el misterio nos es indispensable llevar la lámpara de la contemplación. Solamente ésta, nos da el amor y la intuición, si antes hemos sabido romper la

escala por donde hemos arribado. Y esto sólo pertenece a un iniciado; únicamente así, puede comprenderse el gnosticismo.

La belleza, dice el mismo don Ramón, «es la intuición de la unidad y sus caminos, los místicos caminos de Dios».

Pasando a otro asunto, pregunté:

—¿Y de sus otros libros?

—Poco puedo decir a Ud., pues nunca vuelvo a leer mis libros después de haberlos escrito.

—¿Y piensa Ud. escribir algo respecto a México?

—Sí, ¡cómo no!

—¿Acaso, una novela?

—No, creo que será como narración de diario.

—¿Y de teatro?

—Estoy haciendo algo nuevo, distinto a mis obras anteriores. Ahora escribo teatro para muñecos. Es algo que he creado y que yo titulo «Esperpentos». Este teatro no es representable para actores, sino para muñecos, a la manera del teatro «Di Piccoli» en Italia.

De este género, he publicado «Lucas de Bohemia» que apareció en la revista «España» y «Los Cuernos de Don Friolera», que se publicó en «La Pluma».

Esta modalidad consiste en buscar el lado cómico en lo trágico de la vida misma. ¿Imagina Ud. a un marido que riñera con su mujer, diciéndole parlamentos por el estilo de los del teatro de Echegaray? Porque hay que apropiarse la literatura a ellos. ¿Supone Ud. esa escena? Pues bien, para ellos sería una escena dolorosa, acaso brutal... Para el espectador, una sencilla farsa grotesca.

Esto es algo que no existe en la literatura española. Sólo Cervantes vislumbró un poco de esto. Porque en el Quijote lo vemos continuamente. Don Quijote no reacciona nunca como un hombre, sino como un muñeco; por eso provoca la hilaridad de los demás, aun cuando él esté en momentos de pena.

En las figuras de Goya hay también rasgos del que observa el lado trágico-cómico.

—En este teatro de D. Ramón María del Valle Inclán, como en algunas de sus obras farsas, debe pasar el soplo de la fatalidad como en la tragedia griega sobre las figuras que, para ellas, vivirán el dolor real, mientras que para el espectador esteta, tendrán el gesto doloroso, pero inevitablemente trágico-grotesco.

ESPERANZA VELÁZQUEZ BRINGAS
(El Heraldo de México. México, D. F.)

CUANDO el culto diplomático y poeta don Eduardo Colín escribió devota